Epílogo

Por Ricard Pié

Hace más de tres años, Javier Boned me planteó el deseo de realizar un proyecto de investigación que sirviera para consolidar la Escuela de Arquitectura de Málaga y su trayectoria universitaria personal. El proyecto de Escuela, que desde hacía poco tiempo estábamos llevando a cabo, se fundamentaba en tres líneas de trabajo: una primera académica, de implantación y renovación de la enseñanza de la Arquitectura; una segunda de investigación, sobre Málaga y su entorno, con especial atención al fenómeno turístico, y una tercera de implicación cívica con la ciudad y su territorio. Desde el inicio, en mi papel de director del centro, había defendido que la Escuela no podía circunscribirse solamente a la enseñanza de la Arquitectura, sino que debía ser un espacio de reflexión y de trabajo sobre Málaga y su entorno, para así poder incidir en ella y proyectarse hacia fuera.

Siempre he creído que la transformación urbana de Barcelona no hubiese sido la misma sin una estrecha relación entre el mundo académico y la administración pública. No se trata de valorar el papel que pudimos jugar aquellos que participamos directamente en el proyecto olímpico y de renovación de la ciudad, sino de estimar la importancia de algunos de los trabajos que se llevaron a cabo desde la universidad antes y después de aquellos hechos.

Cuando llegué a Málaga con el proyecto de Escuela bajo el brazo, me pareció que Málaga era la «Barcelona del sur», una ciudad «viva y fea», más ciudad que arquitectura, más sociedad civil que política, más disconforme consigo misma que complaciente; una ciudad con menos autoestima que valor. En definitiva, una ciudad con más posibilidades de proyecto que lo que daba de sí su cotidianeidad un tanto provinciana. Fue una sensación muy parecida a la que teníamos de Barcelona en la década de los setenta, cuando maldecíamos su degradación urbana. Ahora, después de su reconstrucción, ante la relamida autocomplacencia de ciertos poderes públicos, añoramos aquellos tiempos, cuando las críticas más acérrimas se convirtieron en el motor de algunos de los proyectos actuales.

La gestación de las ideas de renovación de Barcelona la debemos buscar, entre otros sitios, en la Escuela de Arquitectura, dentro y fuera de sus aulas, en la incorporación a la docencia de los jóvenes arquitectos del *Grup R*, en los trabajos de Oriol Bohigas después que le expulsaran de la Escuela, en el Colegio de Arquitectos de Cataluña y Baleares y sus exposiciones, en la revista *Quaderns*, en las investigaciones de los primeros profesores que apostaron por la academia, como Manuel de Solà-Morales y el Laboratorio de Urbanismo, o en los trabajos de planeamiento urbanístico de Juan Antonio Solans. En definitiva, en una profesión que hizo de su ciudad el objeto central de su crítica y de un proyecto de futuro, que con la llegada de la Democracia se pudo hacer en parte realidad.

De todos estos acontecimientos, hay uno que es muy parecido al que Javier Boned propone en este libro: los trabajos de recuperación y estudio de la arquitectura próxima del último medio siglo. En 1963, Oriol Bohigas publicó *Barcelona, entre el Pla Cerdà i el barraquisme* [1], donde hacía un repaso de la historia de la capital catalana desde el despertar de la ciudad burguesa hasta la ruina urbana de la ciudad del franquismo. Posteriormente, hubo otros trabajos, del mismo Oriol Bohigas, Lluis Domènech[2] o Josep Emili Hernández-Cros [3], que completaron y suplieron, tal como dice Bohigas, «la limitada eficacia de las cátedras en las facultades universitarias y en las escuelas de Arquitectura, que no han logrado aglutinar un cuerpo coherente de pensamiento y de métodos de investigación» [4] sobre el que asentar la recuperación cultural y arquitectónica del país.

En aquellos años, en un contexto de miseria cultural y política, el estudio del pasado constituía una reivindicación del presente. La recuperación del Modernismo y el *Noucentisme*, los movimientos arquitectónicos ligados a la regeneración y afirmación nacional catalana, o el GATEPAC, relacionado con la modernidad, son algo más que un ejercicio académico; son la muestra de que otro futuro es posible. Para la ciudad de Barcelona, estos estudios fueron la base de su despertar cultural y urbano. Para la Escuela, estos estudios fueron los mimbres con los que formar un corpus disciplinar, que ayudó a proyectar nuestra mirada hacia la propia ciudad y el mundo entero.

En las Escuelas de Arquitectura de Madrid y Sevilla, la reflexión sobre su arquitectura y la ciudad se produjo más tarde; en el caso de Madrid, hasta bien entrada la década de los ochenta, seguramente porque sus arquitectos –más cercanos al poder– estaban más interesados en su quehacer profesional que en la cuestión universitaria. En Sevilla se dio en dos fases. En 1976, en las revistas *Jano* [5] y *Arquitectura de Madrid* [6] se presenta la Escuela de la mano de Manuel Trillo y Víctor Pérez Escolano; y en 1986, después de su expulsión y retorno, con una exposición sobre arquitectura andaluza que dirige Víctor Pérez Escolano, promovida por el gobierno autonómico.

Las primeras publicaciones en democracia sobre la arquitectura de estas dos ciudades son los catálogos de Antón Capitel, para la de la *Arquitectura española: años 50- años 80*,[7] y de Víctor Pérez Escolano, María Teresa Pérez Cano, Eduardo Mosquera Adell y José Ramón Moreno Pérez, para la exposición de *50 años de Arquitectura en Andalucía: 1936-1986* [8], los dos de 1986. La *Arquitectura española contemporánea*, de Carlos Flores, publicada en 1961[9], y la *Arquitectura española contemporánea*, de Lluís Domènech Girbau, publicada en 1968, tuvieron un impacto muy diferente, tanto porque se trataba de autores que estaban alejados de la academia, como porque estaban más interesados en ver las concomitancias entre la arquitectura española y lo que sucedía internacionalmente que en establecer un discurso específico sobre la producción arquitectónica del país.

La publicación sobre Madrid sorprende por lo tarde que llega, seguramente porque no toma cuerpo hasta que no aparece una generación de profesores que antepone sus intereses académicos a los profesionales. Frente a los textos de Oriol Bohigas, más militantes que precisos, el libro de Capitel es más *profesionalista*; la evaluación de una historia en la que la situación política es un fondo neutro sobre el que se debate la cuestión de la modernidad. Una modernidad que se gesta desde la autonomía de cada actor y una progresiva homologación internacional del quehacer de la arquitectura española. El catálogo de Víctor Pérez Escolano, tal como dicen los propios autores, es un inventario, pero sobre todo es la confirmación de la existencia de la Escuela de Arquitectura de Sevilla, de la Escuela de Andalucía, de un colectivo profesional, que tal como me ha recordado José Ramón Moreno Pérez, tiene diversas ramificaciones en todo el territorio andaluz: en Málaga, Salvador Moreno Peralta y José Seguí; en Córdoba, el equipo 57; en Almería, Ramón de Torres, o en Huelva, Jaime Montaner y José Ramón Moreno García, entre otros muchos.

(1) Oriol Bohigas, *Arquitectura española de la Segunda República*, Cuadernos Infimos, Tusquets Editor, 1970, Barcelona.

(2) Lluís Domènech i Girbau. *Arquitectura española contemporánea*, Blumen, 1968, Barcelona.

(3) J. Emili Hernández-Cros, Gabriel Mora, Xavier *Pouplana. Arquitectura de Barcelona*. Publicaciones del C.O. de Arquitectos de Cataluña y Baleares, 1972, Barcelona.

(4) Introducción, pág. 9 Op. cit.

(5) *Jano*, núm. 61. Noviembre 1976.

(6) *Arquitectura del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid* núm. 221, diciembre 1979.

(7) Antón Capitel, *Arquitectura española: años 50- años 80*, MOPU. Secretaría General Técnica, 1986, Madrid.

(8) Víctor Pérez Escolano, María Teresa Pérez Cano, Eduardo Mosquera Adell, José Ramón Moreno Pérez, *Catálogo 50 años de Arquitectura en Andalucía: 1936-1986*, Junta de Andalucía, 1986, Sevilla.

(9) Carlos Flores, *Arquitectura Contemporanea de España*, MOPU, 1961, Madrid.

Cuando hablábamos de la necesidad de que la Escuela de Arquitectura de Málaga desarrollara un proyecto de investigación propio y se convirtiera en un lugar de debate sobre su ciudad, lo hacíamos movidos por el mismo entusiasmo que aquellas investigaciones. El libro de Javier Boned es un paso en esta dirección. Además de ser el resultado de aquel encuentro –en el que valoramos el interés e importancia de recopilar los materiales de la Arquitectura de Málaga de los últimos años–, es la fórmula para conocer el marco en el que se asienta la Escuela y cuales son las respuestas que la sociedad espera de nuestra institución.

El trabajo que nos ofrece Javier Boned es el testimonio de la actividad profesional de varios arquitectos malagueños. Una biografía en la que el arquitecto define la cualidad de su discurso y explica cual ha sido su respuesta a las condiciones y circunstancias en las que ha vivido. En estas entrevistas, el autor busca, sobre todo, material para una futura historia de la Arquitectura en Málaga. La decisión más importante es la selección de los entrevistados. El tiempo transcurrido es una razón fundamental para estar en el grupo de los mayores; el futuro que imagina el autor, la razón para estar entre los jóvenes.

En aquella conversación germinal en la que imaginamos este trabajo, creíamos que había que fijar el tiempo, documentar lo que ha acaecido, desarrollar un trabajo de exploración. Un trabajo en el que el mayor mérito fuese haber cedido la palabra al arquitecto. Frente a la autonomía de la obra, registrar las razones y sinrazones del proyectista, conocer las referencias, recoger las confesiones del fracaso o de la inspiración, evaluar los compromisos, recoger las opiniones del realizador; en definitiva, registrar el currículum del proyecto como una parte decisiva de su materialización.

A diferencia de los trabajos de Oriol Bohigas, Antón Capitel o Víctor Pérez Escolano, el trabajo de Javier Boned pone el acento en la recogida de los registros personales, frente a los juicios críticos del primero, la voluntad de crear un relato teórico sobre la modernidad en España de Capitel o el esfuerzo por inventariar del tercero. Javier no pide explicaciones, da el derecho a la palabra y recoge el resultado. Este método, seguramente, le obliga a ser extremadamente respetuoso con los invitados, porque deja que el que habla imponga sus reglas de juego. El tiempo hará posible que se formulen las preguntas o las críticas que ahora se han dejado de lado. En cualquier caso, cuando esto sea posible, habrá que revisar algunas cuestiones. Habrá que hablar no sólo de la arquitectura, sino también de la especulación, de los silencios o de los negocios de las arquitecturas, del poder y del franquismo, del desinterés de la sociedad por la arquitectura y de la renuncia de los arquitectos para con la arquitectura; es decir, de la arquitectura como compromiso social y respuesta a las demandas de una sociedad en plena transformación.

En la introducción del libro Javier Boned practica un juego directo, de la portería a la delantera sin pasar por el centro del campo. La pelota va de las botas de aquellos arquitectos de élite que aplicaban el oficio y una cierta indiferencia por un trabajo en provincias, a una línea de ataque formada por los arquitectos jóvenes, algunos ya un poco mayores, primero ilustrados y dogmáticos y ahora más subjetivos y nerviosos, que necesitan del cobijo intelectual de la Escuela para no ser devorados por la arquitectura comercial de mala factura. Javier Boned prefiere el pase largo para así poner un marco de referencias sin necesidad de entrar en un debate, el pase corto, para el que necesitaría un discurso en el que aún falta material y una reflexión más extensa. En cualquier caso, estamos ante un libro insustituible. Más allá de cualquier crítica, estamos ante un texto que fija el canon, el punto partida de todos aquellos que quieran profundizar en estos temas, y ante un magnífico referente sobre cómo queremos que se traduzca el compromiso de la Escuela con su ciudad y su territorio.